

El mundo es una selva de relatos

NOÉ JITRIK

César Bruto, un admirable e indirecto discípulo de Macedonio Fernández, escribió una frase inolvidable en una revista olvidable u olvidada para mí: “El Mar muerto murió el 14 de Abril de 1675, a las 5 de la tarde”. Quizás su frase – esa difícil necrológica – haya sido ligeramente modificada por mí en cuanto a la fecha, no en cuanto a la sentencia principal: estimo que su efecto no se modifica por eso y su efecto es algo más que una sonrisa comprensiva. Casi podría jurar que para articularla, en un sentido general y filosófico, o sea en toda su plenitud metafórica, siguió otra de su maestro, Macedonio Fernández, mucho más conocida:

El Universo o Realidad y yo nacimos el 1º de Junio de 1874 y es sencillo añadir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí y en una ciudad de Buenos Aires.

Muerte y nacimiento, las dos frases se complementan y es por eso que las consigno y las vinculo aunque la que importa, filosóficamente, y para lo que me propongo mostrar, es la segunda, no por la idea de nacimiento – es notoria la importancia que para Macedonio tuvo la imagen del “nacer”, consignada sobre todo en la singular propuesta de “una novela que comienza” – sino por su raíz quizás antinomialista, en el sentido de que el “ser”, del Universo, surge en el “pensar”, de la sentencia, y remite a una “experiencia” que acaso nos sea común a todos, la de que la realidad existe porque la vemos. Sea como fuere, basta con tener existencia, o sea pensar, para que el Universo, también llamado más propiamente “mundo”, exista. Lo cual no quiere decir que tal cosa no les ocurra a todos aquéllos que acaban de nacer: para cada uno el mundo nace con su propio nacimiento y, a la vez, el mundo fundado por uno es el que cobra existencia en el nacimiento a que da lugar el nacimiento de todos los demás. Eso quiere decir que si bien el mundo nace con quien nace preexiste a cada nacimiento y subsiste a cada desaparición. Tal como ocurrió con el Mar muerto que siguió existiendo, como muerto, después de su lamentable defunción.

De esto se desprende otro asunto, el del ‘mundo’, en el que quiero derivar. En efecto, ¿es el mundo un dado empírico o es un supuesto o es un concepto o es un constructo discursivo?

No puedo ni siquiera esbozar una respuesta a tan imponente pregunta: escapa a mi escasa competencia. Me limitaré a decir que, en principio, hay dos modos de considerar esta cuestión: el primero, por el lado de lo físico, o sea el mundo considerado en términos perceptibles, mensurables, enigmáticos, naturales y todo lo que rodea la idea de lo físico: innumerables disciplinas científicas intentan describirlo, valorarlo, hallar sus estructuras, micro y macro, acotar el enigma de su origen y de su formación y predecir su futuro; el segundo, por el lado filosófico, o sea el mundo considerado en términos conceptuales, relacionales, como el lugar en el que se aloja el 'ser' que al mismo tiempo que busca explicarse intenta explicarlo, da lugar a diversas líneas de pensamiento que se disputan una definición, por no mencionar las 'concepciones del mundo', desde las teologías a las metafísicas, pasando por las fenomenologías que lo dan por "objetiva y previamente dado", según palabras de Husserl. Como remota prolongación de esta idea, es interesante consignar la forma que le da Hannah Arendt: "El mundo es este espacio social que se abre a manera de escenario", o sea donde se encuentran los hombres y se produce algo más que la suma de las actividades de los individuos. Hay un eco, en estos conceptos, de una variante del pensamiento de Heidegger, para quien el 'mundo' es el acontecer de la verdad en la relación del hombre con las cosas.

Pero el 'mundo' es también una palabra que encierra muchas otras; en realidad es un recipiente de palabras que le han ido dando la forma que permite si no comprenderlo al menos 'estar' en él. Esas palabras son también discursos que aunque no tratan de él lo constituyen, se relacionan unos con otros, se interactúan, se plasman y se modifican, son el modo que tienen los seres humanos en su totalidad y en una instancia puramente práctica de rodear todos los enigmas con que navegan en su existencia. Decimos que no tratan de él, explícitamente, pero tratan de él aunque refieran algo diferente a él mismo, ya sea como intención de acercarse a su enigma ya en alguno de sus aspectos o modalidades particulares. Dicho de otro modo, son relatos en tal profusión y en tal diversidad que forman una red casi inextricable, una selva; en otras palabras, el mundo es una selva de relatos lo cual no quiere decir necesariamente 'novelas' y 'cuentos' sino 'narraciones' de todo orden y en todo nivel, en la medida, además, que los discursos que los sostienen se hacen cargo de un 'saber' que descende, precisamente, de la relación con el mundo si, como todo parece indicarlo, la experiencia del mundo provee ese saber. Tales niveles son múltiples, acaso infinitos: propongo, para que la idea de 'relato' no se diluya en exceso, tres categorías que ilustran tal idea o imagen.

La primera, elemental y universal, se hace cargo del carácter interpretante del signo; en relación con la cosa el signo la narra en su movimiento de designación, dice lo que es una entidad de una índole diferente por medio de una convención "arbitraria e inmotivada", como señalara Saussure, pero necesaria en su proyección, tal como lo observó Benveniste. Se me ocurre, por lo tanto, esta variante acerca de la índole del signo aun a riesgo de ser condenado por los lingüistas: todo signo es una narración. Se diría, apelando al signo básico, que el reclamo elemental, desde el llanto inarticulado hasta la primer palabra, '¡mamá!', por ejemplo, es un relato de un pedido, casi una exposición, están supuestos e implicados numerosos incidentes, se exige una recepción y su lectura conduce a una interpretación que, por lo general, lo satisface o lo niega como pedido.

La segunda tiene un carácter antropológico o psicológico reconocido; los seres humanos en sociedad manifiestan de mil maneras un interés universal e indudable por las narraciones: ellas configuran una manera de presentar todo lo que se sospecha o se sabe que está más allá de la comunicación directa, en el orden del afecto corporal, por ejemplo, o de las emociones, para obtener una comunicación de otro alcance, a través del aura de saber diferente al saber directo que toda actitud narrativa infunde y transmite. Así, el niño quiere el cuento antes de dormir, se cuenta un cuento a sí mismo en relación con sus juegos, construye él mismo o se lo induce a construir su imaginario a través de las narraciones, es por esta vía que admite el saber de los adultos capaces de contarle cuentos y, a su turno, el adulto recibe, en la conversación, un saber narrativo fuera del cual no entiende nada, ni siquiera la conversación. El interés por la narración permea, a su turno, diversas estructuras relacionales que poseen identidad discursiva pública, la confesión, el informe, la opinión, el alegato, por sólo mencionar algunas, como índice de eficacia pero a la vez como sostén, tanto de la duración como de la recepción.

La tercera radica en la estructura misma de la narración, el contar, que se vincula con el orden aritmético y, de ahí, actualiza, pese a que las operaciones que requiere son reminiscencias metafóricas de la aritmética, la posibilidad de entender la estructura misma del universo, ¿del mundo? Si esa relación es mucho más que analógica, se podría sugerir que establece una prelación misteriosa, la aritmética como articulación mental que entrega algo de sí misma, como operaciones que ha sido capaz de articular, a la narración que, de este modo, habría encontrado en ella el modo de dar a conocer un saber, o a la inversa, el contar como modo de canalizar un conjunto de funciones verbales que otorgan una especie de modelo a la aritmética. U otorgaron, si nos ponemos en una posición arqueologizante.

Sea como fuere, por cualquiera de los tres caminos y por todos ellos al mismo tiempo, el mundo, como decía antes, es una selva de relatos, unos determinan a los otros, sobre los más elementales y sígnicos se apoya la creación de las estructuras narrativas superiores: las grandes narraciones de que se enorgullece la cultura humana descansan, tanto para ser realizadas como para ser recibidas y admitidas, en las básicas tendencias e intereses por la narración.

No cabe duda de que esta manera de pensar el mundo descansa sobre cierta idea del lenguaje: puede sospecharse que estoy postulando no sólo que ambos conceptos son equivalentes sino que estoy afirmando la primacía de uno, el lenguaje, sobre el otro, el mundo, en una definida oposición a un punto de vista instrumentalista sobre el lenguaje. Jaspers, creo, aclara el punto: el lenguaje no es la casa del ser, porque el "ser", sostiene, como lo "envolvente", no tiene cabida en ninguna cápsula, tampoco en el espacioso recipiente del lenguaje. El ser, entonces, está más allá, también el mundo, pero sin el lenguaje ni siquiera podríamos imaginarlo en su "lugar", palabra predilecta de Heidegger.

Pero me parece que cualquier espíritu libre y capaz de situarse frente a esta clase de fenómenos ha de comprender que la universalidad que le estamos atribuyendo a la narración, metonímicamente el mundo mismo si el mundo nace cuando nacemos y podemos pronunciar la palabra 'mundo', no es excluyente de otras dimensiones verbales que comparten el espacio

discursivo e imaginario de la sociedad, estructura que, viniendo después en su forma, los reúne y articula con otra suerte y otros alcances; quizás no excluyan la narración pero al proponerse fines muy definidos intentan reducirla, tal como sucede en las especulaciones matemáticas – en las que parece ausente – o en las enumeraciones utilitarias del tipo índices o guías. Y casi ni siquiera: un directorio telefónico implica, en lo que encierran los nombres y sus direcciones, un conjunto de historias, del mismo modo que lo hace el mapa de una ciudad.

Dejando de lado esta genética de la narración o el sitio en el que descansa, y fijándonos exclusivamente en sus niveles más altos y organizados, o sea en aquellas configuraciones reconocidas como relatos sin ir más lejos y sin condiciones ni definiciones, y si la hipótesis todavía se sostiene, tal selva de relatos es una masa que se presenta bajo dos formas, la oral y la escrita. Existe, es un hecho que no necesita demostración, una interacción entre ambas tanto históricamente como en cada momento; en otros términos, lo que en algún momento fue dicho luego pudo ser escrito y, a su vez, todo dicho narrativo recoge restos de lo escrito pero eso no diluye las diferencias que existen entre los dos registros.

Tales diferencias no son demasiado secretas. Los relatos orales intentan, por su lado y como lo que les es más propio, transmitir un acontecer y, como se producen en una cadena temporal, tienden a perderse, son fugitivos, el modo de su permanencia está agobiado por la transformación que inevitablemente se produce si se los quiere recuperar, intento determinante de la constitución de las tradiciones llamadas orales. En cuanto a los escritos, en primer lugar, y por oposición, hacen del acontecer un dato, no una finalidad pues lo que aprehenden de él pasa a otra instancia que persigue una permanencia; además, manifiestan en su necesaria espacialidad una suerte de lucha contra el tiempo, intentan la invariabilidad, de modo tal que las transformaciones que padecen se producen en el territorio de la lectura, no en el de su configuración; por último, dan lugar a elaboraciones que tienen en cuenta valores, reglas genéricas, convenciones establecidas, finalidades estéticas, eficacia comunicativa, etcétera.

Pero los relatos, de un tipo u otro, no son un fin en sí ni pretenden sólo volverse sobre sí mismos; mantienen una relación con algo exterior a ellos mediante la cual quien los produce establece una relación con algo exterior a él aunque en el acto mismo de relatar se autoafirme como relator. A esa exterioridad la podemos llamar 'la sociedad' en la cual quienes relatan – y son todos de una manera u otra, como lo hemos visto – no sólo están sino que pretenden hacer algo en ella y con ella; si entendemos la sociedad como, a su vez, un conjunto desordenado que busca incesantemente un equilibrio que cada relato que se produce altera pues cada relato que se produce, y se producen sin cesar, es un objeto más, en su peculiaridad, que se incorpora al universo – al mundo – de objetos preexistentes, los relatos son 'dirigidos', van a alguna parte al menos en el momento en que son articulados, aunque muchos de ellos, la mayor parte, tanto orales como escritos, se pierdan como el agua en las arenas del desierto, en apariencia sin dejar trazas de su existencia. ¿Cuáles son esos lugares, adónde se dirigen los relatos que configuran el mundo?

Esas direcciones son múltiples; en algunos casos son intencionales, es decir que pueden ser entendidas como fines: convencer, engañar, seducir, reprender, informar, indicar, obligar,

ejemplificar, burlarse, condenar; en otros, más que la voluntad cuenta para entender la dirección una suerte de tendencia organizada ideológicamente: representar o reflejar, ratificar una tradición, guiarse por las exigencias de un género; en otros, la dirección puede entenderse en un orden inconsciente –si esa noción puede entenderse fácilmente– y tiene que ver con la necesidad de expresión, de una inquietud, de un sentimiento, de un saber olvidado; en otros casos, finalmente, la dirección se vincula con una expectativa, es decir con algo que se espera provocar, un efecto o una reacción, ya de reconocimiento e identificación, ya de rechazo, ya de lo que se conoce como ironía –operación de desmantelamiento de la supuesta objetividad– ya, para llegar por fin al punto que me importa, de lo que se conoce como humor.

Dejaré de lado todas estas direcciones señaladas, en el entendido de que son sólo algunas pocas posibilidades muy notorias, para quedarme en la idea del humor, categoría llena de sobreentendidos o de supuestos usuales y equívocos. Tampoco pretendo actualizar las teorías clásicas del humor, Bergson o Pirandello, ni siquiera las de Macedonio Fernández y mucho menos aún las elaboradas arduamente por los scholars americanos a quienes este tema, así como el de la ironía, tientan periódicamente. Me limitaré a algunos modestos señalamientos.

Diría, ante todo y para mostrar el relativismo de la noción, que 'humor' es el mío – suele declarar quien lo esgrime –, o sea mi capacidad, precisamente, de dirigir mi discurso con el fin de establecer mi superioridad respecto de determinada situación comunicativa. Por medio de lo que soy capaz de imaginar y de decir o escribir, y que, porque irrumpe en tal situación, teóricamente debería provocar una actitud benevolente de risa o de sonrisa inteligentes, pretendo suspender un curso mental o verbal para llevarlo a una zona no prevista y placentera.

Pero eso no es todo: gracias al universal prestigio del humor, lo inesperado de la irrupción da lugar históricamente a cierta retórica o codificación o práctica que se concentra y coagula en mecanismos que, en apariencia, no fallan en la producción del humor; el chiste es uno de ellos, y sus alcances, pese al sistema en que se basa, van más allá del efecto placentero, lo perturbador que tiene es que deja entrar zonas no controladas, se conoce el prestigio que tiene desde Freud y gracias a él como vehículo del inconsciente. El chiste es por lo general recibido y entendido porque se constituye a partir de situaciones vividas en común, culturalmente, tanto por quien lo emite como por quien lo recibe y su efecto en profundidad consiste en que transforma por medio de palabras articuladas en forma de narración algo que está en el aire, de indecisa propiedad colectiva, y que no resulta fácil elaborar. Pero el chiste no es un concepto unívoco, habría que preguntarse por las reglas de la retórica que han permitido que cada uno surja, en otras palabras la pregunta que queda abierta es qué produce un chiste, cómo se hace para que las aludidas situaciones vividas se conviertan en esa otra cosa que conduce al humor y ratifica el tipo de relatos que tienden a configurarlo. Yo diría que, en ciertos casos, el chiste surge por un desplazamiento de diversa índole, a veces estridente y chirriante, a veces casi imperceptible.

*

Los desplazamientos pueden ser muchos, imprevisibles, para producir un chiste, generar un efecto de humor y conglomerar un relato o conferirle existencia. Yo quisiera ahora hacer un

relato a partir de uno de ellos, un mínimo desplazamiento lo origina; en este instante lo escribo pero antes fue oral, mi cuento fue oral e incluyó la puesta en escena precedente.

Pero la historia es esta: durante una sesión muy aparatosa, casi ni siquiera solemne, de la Feria del Libro en Guadalajara, a fines de 1996, la Ministra de Cultura del Canadá, una dama muy bien puesta, se dirige a la concurrencia para agradecer que su país, un acto de justicia, haya sido el homenajado del año. Se declara feliz de estar allí y celebra el esplendor de la "perla tapatía", así lo dice no sin la emoción del que acaba de asomarse a un código regional, a una manera de decir íntima, con el ánimo de ser simpática y comprensiva de una modalidad. Se le escapa, no obstante, el acento que cae, plúmbeo, sobre "tapatía", miro a mi alrededor y veo que en la boca de muchos se dibuja una sonrisa, inocente, sin maldad. El cambio de acento provoca.

Pocos días después me toca hablar junto a otros narradores, profesionales, consagrados, que leen sus textos con todo el respeto que se debe, a los textos, al público ávido de relatos, a sí mismos como quienes han trasladado a la página vivencias importantes, amores contrariados, amores triunfantes, conflictos existenciales, subjetividades y épocas en ese concierto de representación que es la literatura contemporánea. Cuando me toca el turno evoco a la canadiense y la vinculo con otra experiencia similar, que paso a relatar intentando que el relato se constituya en cuento fuera de toda regla pues lo precede lo que en este escrito es el capítulo I.

Un domingo por la tarde, con pocas ganas pero con mucho tiempo, pongo algo de ropa en una valija pequeña que uso para estas ocasiones, un cuaderno en el que anoto lo que me ocurre cuando salgo de mi casa, y me meto en un tren subterráneo que me ha de llevar cómodamente a la estación de donde parten los trenes que van al sur; me encamino a Mar del Plata donde debo dirigir un seminario sobre 'lectura' ante esforzados maestrados, siempre bien dispuestos a escucharme. A los cinco minutos, cuando el subterráneo ha transpuesto ya dos estaciones recuerdo que no traje un papel indispensable para cobrar los honorarios, un papel que me había sido muy recomendado. Sin vacilar salgo al exterior, el domingo sigue igual de sereno e invulnerable pero el tiempo que tengo para buscar eso y regresar se achica de modo que me lanzo sobre el primer taxi que encuentro en la superficie, le doy la dirección, le presento mi problema y él, comprensivo, me dice que no me apure, me esperará en la puerta, no es lejos, llegaremos a tiempo, etcétera. Así es, en efecto, cuando retomamos la ruta él está distendido y conversador, no parece un arquitecto ni un sociólogo, profesionales que suelen encontrar en el manejo del taxi una salida para su crisis de empleo o de desempleo, viene a ser lo mismo. Me interroga, voy a Mar del Plata le digo y él comienza a elogiar esa ciudad, cosa en la que coincidimos, no hay controversia entre nosotros. "¿Usted vivió en Mar del Plata?" le pregunto y él, "No, pero vine muchas veces. Usted sabe, yo fui el encargado de la provisión de combustible para aviones, y por eso visité todas las ciudades donde hay aeropuertos". Yo no lo sabía pero me interesé: "¿Ya no trabaja más en eso?" "No, pero de todos modos tengo acceso a los aeropuertos, tengo una credencial que me permite pasar sin control migratorio ni aduanero, mire". Pela un cartón algo deteriorado, me lo muestra, no alcanzo a ver nada pero le creo. "En los aeropuertos argentinos no hay migraciones" le observo. "Claro", me dice, "es para los internacionales; entro en cualquier país como pancho por su

casa". Es de admirar esa facilidad y no dejo de declararlo, lo cual me parece que le gusta bastante. "Entonces viajó mucho", le digo sumisamente. "Donde a usted se le ocurra, especialmente a los lugares en los que se procesa el keroseno, usted sabe, el combustible para aviones. En Salta hay una planta pero las más grandes están en Irán y en Arabia Saudita." Mi admiración es creciente. "¿Así que Usted estuvo en Arabia Saudita?" "No una, muchas veces. Conozco Riad como la palma de mi mano." "No me diga, ¿Y cómo es la vida allí? Me imagino que el dinero debe correr por las calles." "No crea, los árabes son muy austeros, no hacen ostentación, no beben, está prohibido el juego y las mujeres, para nosotros no están por ningún lado, prostitutas quiero decir. Muy penado todo eso, son muy rigurosos. Fíjese que si lo agarran robando le cortan la mano al pobre tipo, así que fíjese cómo nos divertimos." "Parece perfecto", le digo, "pero me pregunto si eso quiere decir que no hay corrupción". "Claro que hay, dónde no hay, pero ahí, entre ellos es por medio de dávidas". No puedo creer lo que acabo de oír, dávidas, y pienso que es un desliz momentáneo pero no, al rato otra vez las dávidas de modo tal que cuando llegué a la estación y tomé el tren no pude dejar de pensar en esa palabra que me resonaba como una música pegadiza y significativa.

Mar del Plata me recibió con todos los honores al día siguiente; el día estaba transparente, la luz podía casi tocarse con la mano y, junto al mar, prematuros pescadores se afanaban en vano, me pareció, porque ninguna presa se veía en sus canastas. Caminé por la arena, observé el "mar, siempre recommenzado", también observé en algunas mujeres bastante aceptables la insinuación de pechos igualmente válidos hasta que, al mediodía, antes de iniciar mi curso, fui a ver a mi amiga Elisa Calabrese a quien le conté, mientras comíamos en su casa unos excelentes canelones de queso, la intrascendente historia del taxista y sus dávidas saudíarabes. Ella celebró el 'desplazamiento', le hizo gracia mi perplejidad. Mientras hablábamos, su hija, una muchacha muy simpática y sana, de unos 17 años, estaba algo ausente, tal vez estuviera distraída por vaya uno a saber qué problemas. De pronto, interrumpió nuestra conversación y con un tono urgente, de quien está perseguido por una duda, exclamó: "¡Mamá! ¿Quiénes eran los hugotones?" Yo, sin vacilar, satisfice su inquietud diciéndole que "Los hugotones eran enemigos de los calóticos; les entregaban dávidas y no por ello calmaban un odio feroz que los llevó a tratar de exterminarlos durante la famosa noche de San Barlotomé".

*

Eso fue todo lo que relaté frente a narradores profesionales que, como dije, exhibieron sus cuentos y fragmentos de novelas ante un público deseoso de enterarse del estado actual de la literatura. Ignoro si me expliqué bien o si mi cuento fue suficiente para mostrar que un cuento – un relato – surge de un pequeño matiz, en este caso de una metátesis y que, a partir de ella, convoca el turbulento universo del lenguaje. Tampoco sé si satisfice la curiosidad del público por el estado actual de la literatura o si mi relato les causó más gracia que irritación. La gracia, si mi relato y mi argumentación previa tienen alguna, reside en la operación, cosa difícil de detectar en la circunstancia oral: el efecto, si se da, se da en la sonrisa que iluminó el rostro de Elisa Calabrese y acaso de algunos otros en Monterrey, que es donde lo expuse, pero el todo, operación, relato y efecto, se organiza de modo tal que el mundo, o como se lo quiera llamar, se enriquece de un nudo más, de una voluta que al mismo tiempo que complica

su forma permite comprenderlo un poco y no por una lección, del tipo que sea, como las que persiguen en su perlocución las fábulas u otras especies narrativas, sino por una leve alteración, una mínima surgencia que desencadena un flujo indetenable.

Por supuesto, no se trata del 'taller del escritor' sino de otra dimensión, con más obstáculos para provocar adhesión conceptual o retórica. Se trata de que lo que vale para ese mínimo relato – quienes creen que los géneros son entidades imbatibles me dirán que no llega ni siquiera a cuento – es posible que pueda reconocerse hasta en las grandes novelas, con más razón en la conversación cotidiana. Pero en la especie en la que se puede observar con más precisión todavía debe ser en la fábula donde, dejando de lado el nítido propósito perlocutivo, los desplazamientos desencadenantes han de ser múltiples, de la conducta humana a la animal, del detalle en el que la moral se pone en juego a la metáfora de la coexistencia, de la creencia en los caracteres al fatalismo de las pulsiones, por el hecho de que la fábula concentra, intenta ser una flecha que atraviesa todas las capas de la significación y prosigue su marcha más allá, hasta el punto en el que la sociedad entera, en primera instancia, y el mundo todo, posteriormente, se vean a sí mismos en lo que dan y quitan, en lo que pretenden ser y son realmente los seres que los pueblan, a la sociedad y al mundo.